

## Franz Liszt

Andrés Saborío - Bejarano\*

***Mi piano es para mí lo que su barco es al marinero.***

Franz Liszt

(La presente investigación está dedicada con gratitud eterna, a la memoria del gran maestro Arnoldo Herrera González (1923 – 1996), Director Fundador del Conservatorio de Castella, Institución donde el autor de este artículo estudió su más auténtica, artística y feliz secundaria.

Así mismo, como anécdota el autor recuerda: ...Don Arnoldo siempre me llamaba a tocar piano en el Colegio, fuera para Actos Cívicos, Graduaciones Escolares, o Acompañar estudiantes trompetistas del Profesor César Somarribas, discípulos cantantes de don Danilo Chaves o alumnas balletistas de la Profesora

\* Andrés Gabriel de la Trinidad Saborío Bejarano. Artista polifacético dedicado exclusivamente a la creación musical, pictórica y literaria. Comparte esta actividad con la de pianista acompañante de cantantes e instrumentistas, Catedrático de la U.A.C.A., profesor de Apreciación Artística en la UNICA de Costa Rica, maestro de música en el Conservatorio de Castella, en la Escuela Municipal de Música de la Unión de Tres Ríos y Director de Estudio Privado de Enseñanza Artística H-61 (Apartado Postal 470-1000 San José-Costa Rica). Tel. 2272-1322. Nuevo correo electrónico: [arteh61@hotmail.com](mailto:arteh61@hotmail.com)

Rusalka Rodríguez. En cierta ocasión me llamó para que le interpretara piano a una Invitada de Honor que visitó el Castella. Se trataba nada más ni nada menos, que de la Ministra de Cultura de aquel tiempo, la distinguida dama, escritora e intelectual Doña Carmen Naranjo.

- *¿Y qué toco Don Arnoldo? - pregunté.  
- Cualquier cosa- contestó.  
Entonces ejecuté un acorde lleno de do menor a dos manos, seguido de octavas, trinos y arpegios, e hice alguna eficaz improvisación.  
Luego la culta invitada dijo: -Me recuerda a Liszt. )*

Exactamente un año después del nacimiento del músico polaco Chopin, (Ver “Frédéric Chopin” del *Acta Académica* Número 47), nace en Raiding, Hungría, el 22 de octubre de 1811, Franz Liszt, por lo que este año 2011, en todo el mundo se conmemora también el bicentenario de su natalicio.

Liszt fue originario de Raiding, poblado cercano a Viena, que se ufana de tener la casa donde nació el pianista y compositor, y una calle y una plaza con el nombre de su hijo predilecto.

Raidign se llamaba Doborjan y era parte de Hungría cuando nació, aunque su composición étnica era incluso entonces predominantemente germana. La localidad pasó a ser austríaca en 1921, como parte de la reorganización del que había sido el imperio austro-húngaro.

Los padres de Liszt eran de origen austríaco y alemán.

Así, húngaro de nacimiento pero también francés, alemán, italiano, por adopción, Franz Liszt fue un auténtico ciudadano del Viejo Mundo.

Si bien el maestro mencionó algunas veces que se consideraba húngaro, hablaba alemán y más tarde francés en sus conversaciones de familia, y sólo aprendió algunas palabras del idioma *magyar* en los últimos años de su vida.

Este brillante compositor y pianista húngaro, tenía solamente nueve años cuando tocó en público un arduo concierto de Hummel e improvisó luego sobre temas dados.

El papá de Franz, fue un humilde servidor de la residencia de los Esterházy, en Raiding, a su vez se le consideró excelente músico aficionado.

Y el patrón de su padre Adam Liszt quedó tan impresionado, que llevó a Franz a dar un concierto en su palacio y de esta manera contribuir a formar un fondo para pagar la educación musical del adolescente durante los seis años siguientes.

En Viena, Franz estudió piano con Karl Czerny (1791-1857) y armonía y composición con Antonio Salieri (1750-1825). En 1823, tras haber suscitado la admiración de Beethoven, (Ver “Ludwig Van Beethoven”, *Acta Académica*, Número 42), hecho ocurrido en un recital público, se trasladó a París. Por ser extranjero, no pudo ingresar en el Conservatorio y en consecuencia el muchacho tuvo que ser confiado a los profesores particulares Antonin Reicha (1770 – 1836) y Ferdinando Paer (1771 – 1839).

Mientras estudiaba ofrecía audiciones, la primera de ellas en el Teatro de la Ópera el 8 de marzo de 1824. Todos los salones de moda lo recibieron calurosamente. Fue en seguida el más admirado músico de la sociedad parisiense. Ese mismo verano, conquistó Londres tan rápidamente como París. Su debut en los Argyll Rooms fue sensacional y se le pidió que tocara para Jorge IV. Ya para entonces uno de los diarios de esa capital le asignaba *un lugar entre los principales pianistas de Europa*. A los 14 años estrenó una ópera en un acto llamada *Don Sanche* (Don Sancho) o *El Castillo del Amor*. Luego de cantarse dos veces más, fue archivada.

Unos cincuenta años más tarde la partitura fue consumida por el fuego que destruyó la biblioteca de la Ópera, o así se creyó entonces. Es dudoso que Liszt lamentara la pérdida. En todo caso, nunca más trató de escribir una ópera. Aunque la partitura fue descubierta en 1903 sana y salva, *Don Sanche* no se representó nunca más.

El hombre fue tan contradictorio como el músico. Era espiritual y terreno, idealista e insincero, humilde y egocéntrico.

El Liszt humano fue como todo macho, inquieto por las mujeres. También la época romántica influyó, aunque fue sin duda un varón en sumo enamorado.

Y pronto se vio enredado en su primer gran asunto amoroso con una de sus alumnas, Caroline de Saint-Cricq, de dieciséis años, atractiva y de noble cuna.

De esta manera y con esa particular conducta, inclusive hasta en su vejez se vio envuelto en desagradables escándalos con muchachas rústicas y damas de la nobleza. Cumplía con la Iglesia y buscaba los placeres sensuales. Cuando no estaba en reclusión vivía en plena lujuria. Fue extraordinariamente pródigo en amores. Un biógrafo alemán le descubrió veintiséis relaciones amorosas importantes, algunas de las cuales dejaron ilegítima descendencia.

Pero el Liszt músico, y específicamente el artista del siglo XIX, fue realmente un prodigio como compositor y pianista, además de uno de los más grandes directores.

Con él nació el moderno virtuoso del piano. Fue el creador del recital de piano, el primero que se atrevió a dar un concierto entero sin el apoyo de una orquesta o de otros acompañantes. Fue también quien instauró la tradición de tocar el piano en público en posición de perfil. El concertista, anteriormente, enfrentaba al auditorio o le daba la espalda. Consciente de su elegante perfil y del efecto que causaba en sus admiradoras, Liszt insistía en ejecutar todas las obras de los programas de memoria y en la posición más favorable a su apariencia.

El repentino interés por la política, alejó a Liszt durante dos años de los escenarios de conciertos parisienses. Cuando volvió, descubrió con despecho que otro virtuoso le había usurpado los escenarios: Sigismond Thalberg, pianista y compositor nacido en Ginebra en 1812 y fallecido en Nápoles en 1871.

Herida su vanidad, Liszt se propuso demostrarle a París que él era todavía el primer pianista del mundo. Cada vez que Thalberg daba un concierto, Liszt daba otro y apelaba a su depurada técnica y a sus espectaculares transcripciones para someter al auditorio. Cada uno de estos dos pianistas tenía su corte de devotos admiradores y durante un tiempo la cuestión de cuál era el más grande permaneció sin solución. La princesa Cristina Belgoso decidió resolverla haciendo comparecer a ambos a su salón, en un duelo musical. Thalberg tocó sus efectistas fantasías sobre el *Moisés* de Rossini. Liszt le siguió con una aún más sorprendente transcripción de melodías de una ópera, ahora olvidada de un también olvidado compositor. El consenso del auditorio favoreció a Liszt.

Tenía un incomparable sentido del estilo cuando elegía para

tocar algo más sustancial que sus pirotécnicas fantasías. Pero había nacido para ser él mismo un espectáculo. El dramatismo y hasta el histerismo agrandaban el efecto de su ejecución. Con la habilidad consumada del actor de nacimiento, sabía usar las contorsiones faciales, una oportuna sacudida de su majestuosa melena y el elocuente movimiento de sus manos sobre el teclado, para intensificar el drama.

Apenas transcurrido el año 1830, Liszt se encontró con tres artistas que lo sacaron de sus digresiones políticas, literarias y religiosas y lo condujeron de regreso a la música. Chopin y Berlioz, ambos todavía jóvenes y desconocidos, iniciaron a Liszt en una nueva clase de música: sensitiva y poética en uno, en el otro vital y experimental. Cada cual a su manera era el espíritu del romanticismo, al cual Liszt podía responder. Y lo hizo. El tercer artista fue el fabuloso Paganini. *¡Qué hombre! ¡Qué violín! ¡Qué artista!*, escribía Liszt a un amigo. *¡Cielos, qué sufrimiento, qué miseria, qué tortura en esas cuatro cuerdas!* (Chopin y Berlioz encendieron en él la ambición de escribir una música atrevida, fresca y audaz, pero a esto llegaría más tarde. Su objetivo más próximo era volver al escenario de concierto y convertirse en el Paganini del piano, el más grande virtuoso de su época.

Durante los dos años siguientes, se enfrascó en el estudio del piano y su técnica. Trabajó con determinación salvaje y con pasión que desafiaba a la fatiga. Dejaba el teclado sólo para leer vorazmente. Así dividió su tiempo entre la música y la literatura.

Al producirse la Revolución de 1830 abrazó los ideales del sansimonismo, que convivieron en él con una tendencia a la mística religiosa. Perfeccionó más aún su técnica pianística y adquirió gran popularidad en los medios intelectuales de París y efectuó giras como concertista, durante las cuales alcanzó éxitos clamorosos.

El consagrado Franz Liszt, cuya vida está llena de anécdotas que hacen de él uno de los arquetipos de artista romántico, en el apogeo de su sensibilidad manifestó:

*Durante una quincena entera mi mente y mis dedos han estado trabajando como dos espíritus independientes. Homero, la Biblia, Platón, Locke, Byron, Hugo, Lamartine, Chateaubriand, Beethoven, Bach, Hummel, Mozart, Weber, están todos alrededor de mí. Los estudio, medito sobre ellos, los devoro con furia. Además de esto practico cuatro o cinco horas de ejercicios (terceras, sextas, octavas, trémolos, repeticiones de las notas, cadencias, etc.) ¡Ah, si no me vuelvo loco encontrarán un artista en mí! Sí, un artista tal como ustedes desean, tal como se requiere hoy en día.*

En 1833 le sucedieron dos cosas importantes: volvió a los conciertos y a su público, que lo recibió como a un héroe conquistador y al mismo tiempo se vio envuelto en una gran pasión. La condesa d'Agoult poseía casi todas las cualidades que Liszt buscaba en una mujer: condición social, inteligencia, belleza, ardor romántico y capacidad de adorarlo. También tenía un marido y tres hijos, pero a estos Liszt podía ignorarlos. Finalmente el amor lo arrasó todo. La condesa abandonó a su familia y se encaminó con Liszt a Génova, donde nació un hijo de ambos. Habrían de tener dos más, una de ellos, Cósima, destinada a desempeñar un importante papel en la vida de Richard Wagner.

A medida que se acumulaban sus triunfos se deshacía su unión con la condesa. Sus prolongadas ausencias permitieron que ella lo observara en perspectiva y no le gustó lo que vio: un hombre de colosal vanidad que alardeaba continuamente de los honores acumulados y de los grandes hombres con quienes se reunía; un músico que no se hubiera detenido ante nada con tal de causar impresión; un amante apenas soportable más allá de la momentánea relación. Hacia 1840 se convencieron de que su unión había terminado y siguieron caminos separados; ella con sus hijos, él por los senderos de la gloria. En 1844 acordaron la separación definitiva.

En 1845, dirigió en Bonn los festivales para la erección del monumento a Beethoven.

Liszt no tardó en encontrar alguien con quien llenar el vacío amoroso. En Kiev, Ucrania, en 1847, su personalidad y su maestría fueron, como de costumbre, irresistibles, particularmente para la princesa Carolina von Sayn-Wittgenstein, quien lo invitó a visitarla en su mansión rural. Él fue y se quedó. Extremadamente inteligente, con un matrimonio desgraciado, la princesa pronto encontró en Liszt atractivos mayores que su genio y su apariencia byroniana. Leían juntos buena literatura. Él se inspiró en Dante para planear una sinfonía; ella descubrió con deleite que su propia inclinación hacia la religión y el misticismo hallaban cálida respuesta en Liszt.

En 1848 Liszt fue nombrado *Kapellmeister* del Gran Duque de Weimar, que lo requirió para que dirigiera la ejecución de música sinfónica y ópera. Alquiló una villa donde, con su amante, fue a vivir durante los diez años siguientes. Durante esa década, los denodados esfuerzos de Liszt para hacer famosos a compositores desconocidos y a obras suficientemente apreciadas, hacen notable contraste con su anterior egoísmo de virtuoso. Nunca tendencias personales, prejuicios o conveniencias dictaron la clase de música que presentaba. Ejecutaba obras de muy diferentes estilos y lenguajes. Luchó valientemente aun por compositores ignorados que personalmente le disgustaban o que habían abusado de él. Gracias a Liszt, Weimar se convirtió en uno de los centros musicales más grandes de Alemania.

Inició así la segunda etapa de su vida y de su carrera en Weimar como maestro de capilla de la corte, el impulso que brindó a la música alemana desde su nuevo puesto fue enorme: dio a conocer Wagner, presentó obras de Berlioz (entre ellas la ópera *Benvenuto Cellini*, estrenada sin éxito en Francia), *Sansón* y *Dalila* de Saint-Saëns, y obras de Beethoven, Schubert, Schumann, Mendelssohn, etc. Como compositor, durante este período escribió sus grandes poemas sinfónicos, que prácticamente inauguraron una forma musical cultivada después en abundancia. Fue un gran renovador. Su formación literaria le capacitó para orientar el movimiento romántico hacia la música de programa, ligada a contenidos literarios. Este elemento extramusical no le llevó, sin embargo, al descriptivismo sino más bien a una ampliación de las posibilidades de la música pura. Acabó con la armonía tradicional al dar vigencia a los acordes más insólitos. Su cualidad de virtuoso de excepción le llevó además a fundamentales hallazgos rítmicos.

La importancia de Liszt para las futuras escuelas nacionales que valoraron el folclor (Ver “La música folclórica costarricense”, *Acta Académica* Número 17), así como para el impresionismo, e incluso para el posterior atonalismo (Ver “Arnold Schoenberg, un profeta de la música de Artistas”, *Acta Académica* Número 25), fue decisiva.

Las obras musicales menos ambiciosas y menos meritorias de Liszt son las que se continúan oyendo, particularmente las compuestas para piano. Escribió la mayoría de ellas para ganar al público. Lo ganaron y nunca más perdieron su apoyo. A esta categoría pertenecen las olímpicas y transitadas *Rapsodias húngaras*, el tal vez demasiado oído *Liebstraum*, el *Concierto N° 1*, la *Sonata en si menor*, lo mejor de las piezas pequeñas y las transcripciones brillantes. Sus otras obras, los oratorios y las extensas sinfonías *Dante* y *Fausto*, con las cuales aplacó su conciencia y esperó escalar las alturas, son raramente ejecutadas y cuando lo son casi nunca gustan.

Sus fallas como ser humano fueron también sus defectos artísticos. Le faltó unidad. Su música pasa precipitadamente de movimientos de real elocuencia a dramatismos fingidos, de una

lógica creadora intensa, original, poderosa, a una frágil trivialidad. Es conmovedor o subyugante o seductor, y a veces hasta poético, pero su música raramente pasa de ser una glosa superficial.

Los poemas sinfónicos o transcripciones a términos sonoros de un poema, cuento, texto en prosa, pintura o idea, fueron creación suya. Estableció la forma de la rapsodia. Por esto solo, más de un compositor debería estar en deuda con él. Pero otorgó también una articulación mayor a la música de programa, hizo del uso de un tema recurrente (la idea fija, como la llamaba Berlioz) y una técnica integral de la escritura orquestal, trajo un nuevo sentido a la forma musical y fue un notable innovador de la escritura armónica y la instrumentación.

Las *Rapsodias húngaras*, escritas entre 1851 y 1854, son indudablemente las obras con las cuales se asocia más frecuentemente el nombre de Liszt. Y puesto que algunas de ellas, así como otras partituras lisztianas, se escuchan a menudo en transcripciones orquestales del mismo Liszt o del compositor y flautista Adalbert Franz Doppler (1821-1883), se debe recordar que fueron originariamente escritas para piano solo. Estas obras son el resultado de las investigaciones de Liszt en el campo de la música folclórica húngara, cristalizadas en los diez volúmenes de *Melodías populares húngaras* que publicó entre 1839 y 1847. Las *Rapsodias* están compuestas de genuinas melodías gitanas y ritmos y bailes húngaros, adaptados, organizados y desarrollados por Liszt con enorme efecto. El uso dramático de la variedad de ritmos, del apresuramiento gradual del *tempo* hasta que la música se hace vertiginosa y la repentina entrada de las melodías gitanas, sentimental y alegremente adornadas, provoca apoteosis arrebatadoras. Las *Rapsodias* no pretenden sutilezas -todos los efectos están en la superficie- pero su impacto en el público es inevitable.

Todas las rapsodias de Liszt tienen algo en común. Son estudios de rápidos contrastes. Música lenta, lánguida (llamada *lassan*) alterna continuamente con pasajes frívolos de abandono (*friskan*), con efecto teatral notable y a menudo excitante.

La más popular de las obras de Liszt es indudablemente la *Rapsodia húngara N° 2*. El atractivo universal del *Liebestraum* o *Dream of Love*, sólo rivaliza con el de la segunda *Rapsodia húngara*. Liszt escribió no uno sino tres *Liebesträume*. Pero cuando hablamos de *Liebestraum* queremos aludir a una pieza, la tercera, un sentimental idilio amoroso que ha incendiado más corazones que ninguna otra pieza para piano. Liszt escribió sus tres *Liebesträume* como canciones antes de adaptarlas para piano; por esta razón la línea melódica tiene tan notable calidad vocal.

Dentro de los famosos tres *Estudios de Concierto*, sobresale particularmente el S144 N° 3, el intitulado *Un suspiro*.

El *Mephisto Waltz* (12), existe tanto en versión pianística como orquestal y es un desenfrenado y demoníaco episodio del poema de Nicolás Lenau, basado en la leyenda de Fausto sobre una boda en una posada pueblerina. El argumento publicado en la partitura dice:

*Hay una fiesta de bodas que se desarrolla en la posada de la aldea, con música, baile y francachela. Mefistófeles y Fausto pasan por allí y el primero induce al segundo a entrar y participar en los festejos. Mefistófeles arrebató el instrumento de las manos de un violinista aletargado y arranca de él acordes indescriptiblemente seductores y embriagadores. Enamorado, Fausto gira con una rozagante belleza del lugar en una danza salvaje; bailan en un loco abandono, y bailando al aire libre se alejan hacia el bosque. El sonido del violín se hace más y más suave y el ruiseñor gorjea su canto cargado de amor.*

Liszt utiliza dos ideas melódicas centrales. La primera, fuertemente acentuada, destaca la alegre danza de bodas. La otra, más suave, es el apasionado canto de los *seductores acordes* de Mefistófeles.

La *Sonata en si menor*, como todo lo demás que Liszt creó en gran escala, combina lo muy bueno con lo malo. Tiene contenido poético, elocuente grandeza, magnetismo, pero adolece de

teatralidad, minuciosidad y desorden. Es una obra extensa aunque se presenta en un movimiento único. Su mayor defecto reside en que, a pesar de poseer páginas magníficas, siempre resulta demasiado larga. Se inicia en estilo épico con un emocionante tema en octavas que resalta merced a una armonía de gran efecto. Sigue una sección casi humorística y después un coral. El tema épico aparece otra vez en la parte final, un prestísimo vertiginoso que para James Gibbons Hunecker, es una de las páginas más brillantes de toda la literatura pianística.

La nutrida producción de Liszt incluye muchas piezas menores que forman parte del repertorio de todo pianista: baladas, consolaciones, estudios (que incluyen adaptaciones de seis “Caprichos” de Paganini, uno de los cuales es *La Campanella* y las leyendas programáticas sobre San Francisco. Hay también tres series de poemas musicales titulados colectivamente *Années de pèlerinage* (Años de peregrinaje). La primera fue inspirada por Suiza e incluye *Au bord d'une source* (Al borde de una fuente), delicada impresión sobre un salto de agua. La segunda, sugerida por su visita a Italia, contiene el Sonetto 104 del Petrarca, cuyo origen literario es obvio señalar. La tercera serie, menos importante que las otras dos, consiste en un variado acopio de impresiones de viaje. El más interesante es *Les Jeux d'eaux à la Villa d'Este* (Los juegos de agua de la Villa d'Este), que sugirieron proféticamente la escritura impresionista.

Otra obra original para piano es *Funerailles* (Funerales), la séptima de una colección de diez piezas conocidas como *Harmonies poétiques et religieuses* (Armonías poéticas y religiosas). Es una de las más nobles lamentaciones para piano, y se cree que fue compuesta en memoria de Chopin, fallecido un mes antes de que la obra fuera escrita.

La global producción creativa de este importante compositor romántico consta de tres grupos; música para piano: *Années de pèlerinage* (en 1836 y 1855), *Consolations* (1849), 19 *Rapsodias húngaras* (1847-53 y 1882-86); *Sonata en si menor* (1853, cumbre de la obra pianística de Liszt), *Fantasia y fuga sobre B-A-C-H* (1854-1855), *Estudios de concierto*, dos conciertos para piano, vals-

capricho, *Sueño de amor*, etcétera; música para orquesta: 12 poemas sinfónicos (entre los que destacan *Ce qu'on entend sur la montagne*, *Tasso*, *Les préludes*, *Orpheus*, *Mazeppa*) y dos sinfonías con coros (*Dante*, *Faust*); música religiosa: *Oratorio leyenda de Santa Isabel*, *Cristo*, *Misa de Gran*, *Requiem*. Compuso además cantatas, melodías y música para órgano.

En síntesis, sus OBRAS PRINCIPALES en música orquestal, son: *Les Préludes* (Los preludios), *Tasso*, *Mazeppa*, poemas sinfónicos; *Concierto N° 1* para piano y orquesta; *Fantasia húngara*, para piano y orquesta; Vals Mefisto. Música para piano: *Rapsodias húngaras*; *Liebestraum* (Sueño de Amor); *Sonata en si menor*; *Années de pèlerinage* (Años de peregrinaje); *Funerailles* (Funerales); transcripciones de obras de Bach, Mozart, Schubert, Schumann, Wagner, etc.

Otras obras destacadas: sinfonías *Fausto* y *Dante*; *Concierto N° 2* para piano y orquesta; *Totentanz* (Danza de la muerte), para piano y orquesta; baladas, elegías, estudios, leyendas, etc., para piano solo.

Los más grandes virtuosos del teclado de la época romántica hasta nuestros modernos días y de todas las latitudes del globo, han interpretado las obras de este genio universal de la música. Citaré al pianista y compositor húngaro amigo de Liszt: Stephen Heller; al pianista y compositor polaco que perteneció al círculo de Franz: Karol Tausig; a los discípulos de Liszt, el polaco Moritz Rosenthal y al pianista y compositor alemán Emil von Sauer; al pianista y compositor italiano Ferruccio Benvenuto Busoni; al ruso naturalizado norteamericano Vladimir Horowitz; al ruso Sviatoslav Teofilovich Richter; al polaco naturalizado americano Arthur Rubinstein; al pianista francés Philippe Entremont; al chileno nacionalizado estadounidense Claudio Arrau; a la pianista, compositora, pedagoga, cantante de ópera y directora de orquesta venezolana: María Teresa Carreño; a la pianista argentina Marta Argerich; al estadounidense Murray Perahia; al norteamericano Van Cliburn; al americano Earl Wild; al estadounidense (e internacional) John Bell Young; al ruso Boris Berezovski; al húngaro Georges Cziffra; al griego Dimitris Sgouros; al pianista

clásico argentino venezolano residente en Bruselas-Bélgica: Sergio Tiempo; al húngaro Jenő Jandó; al pianista chino Lang Lang; al pianista de género clásico y compositor franco-canadiense Marc-Andre Hamelin; a la pianista originaria de Kangwon en Corea del Sur: Yeol Eum Son; ...

En la Costa Rica de 1986, para conmemorar los cien años de la muerte de Liszt, el Teatro Nacional presentó un programa especial exclusivamente con obras de este autor que incluyó a cinco notables pianistas: Pilar Aguilar, Scarlette Lebleu, Flora Elizondo, Jacques Sagot y Edwin Marín.

Históricamente, los caminos de Richard Wagner (1813-1883) y Franz Liszt, ya se habían cruzado anteriormente. Este conoció a Wagner en París en 1840, pero no tuvo cabal conciencia de su capacidad hasta que oyó su *Rienzi* cuatro años más tarde. Fugitivo, Wagner llegó a Weimar y vivió con Liszt durante un breve período, en 1849; de allí en adelante Liszt sería el más apasionado de los wagnerianos e incansable en cuanto a ejecutar y difundir los poderosos dramas musicales de su amigo. Después de dirigir *Tannhäuser* y de presentar *Lohengrin*, tuvo una agria discusión con el duque de Weimar respecto a los fondos para presentar completo el ciclo *El anillo de los nibelungos* o por lo menos *Tristán e Isolda*. Su fracaso en obtener esos fondos fue una de las razones que lo alejaron del sitial de *Kapellmeister*.

Otra fue el creciente resentimiento de los aficionados de Weimar ante la música nueva que ofrecía continuamente. Silbaron su presentación del estreno de *El barbero de Bagdad*, de Peter Cornelius (1824-1874).

Ya no permanecería más en Weimar, por lo menos como *Kapellmeister*. Renunció a su puesto en 1859, pero siguió en la ciudad hasta 1861. Después volvió a la religión. Deseaba el sacerdocio, pero su vida pasada y sus continuos escándalos amorosos hicieron imposible su ambición. Pudo obtener solamente las órdenes menores. En 1865 se sometió a la tonsura, vistió el hábito de abate y entró en la Tercera Orden de San Francisco de Asís.

Ese año lo dividió entre intereses religiosos en Roma y actividades como maestro de piano en Pest y Weimar. Los estudiantes de piano llegaban de todas partes del mundo para aprender a su lado.

Cuando Wagner destruyó el matrimonio de Cósima, una hija de Liszt casada con el pianista, director de orquesta, compositor y crítico musical alemán: Hans Guido von Bülow, y comenzó a vivir ilícitamente con ella, Liszt no pudo perdonarlo. Desde entonces no volvió a tener más contacto personal con Wagner, aunque era demasiado sincero como músico para permitir que esto interrumpiera sus continuos esfuerzos a favor de la música de aquél. La reconciliación no se produjo hasta 1872 y permitió a Liszt participar en la colocación de la piedra fundamental del teatro de los festivales de Bayreuth. Más tarde fue un visitante asiduo de esos festivales. La muerte de Wagner el 13 de febrero de 1883 fue un golpe terrible. Cósima no ayudó a remediar las cosas. Incapaz de olvidar la otrora severa condenación de su amor por Wagner, insistió en que su padre no asistiera a los funerales de su esposo y durante los tres años siguientes rehusó firmemente volver a verlo.

Por otro lado, entre las distinciones personales otorgadas a Franz Liszt, están la condecoración por la reina Victoria de Inglaterra y por Napoleón III; el Emperador de Austria le concedió la Orden de la Cruz de Hierro; el Gran Duque de Weimar lo ungió chambelán; la Universidad de Königsberg (Kaliningrado) lo nombró doctor honoris causa; y hasta la mismísima Academia Nacional Húngara de Música le concedió la presidencia del claustro.

Un último triunfo personal daría todavía algún consuelo a Liszt. Fue en 1886, cuando visitó Inglaterra. No obstante la rápida declinación de sus maravillosas aptitudes, tocó entonces nuevamente el piano como sólo él podía hacerlo (hasta dio un concierto privado para la reina Victoria en el Castillo de Windsor) y asistió a la ejecución de su oratorio *Santa Isabel*. El grandioso homenaje que se le tributó lo conmovió profundamente. Permaneció en Inglaterra una semana más de lo que se había

propuesto y luego partió para Baviera para asistir otra vez al Festival de Bayreuth. Allí cayó enfermo; desobedeció las órdenes de su médico fue a oír “*Parsifal*” y luego “*Tristán e Isolda*”. Pero se sintió tan mal durante “*Tristán*” que tuvo que abandonar la sala antes de que terminara la función. Se le declaró una neumonía y luego congestión pulmonar.

Franz Liszt murió en Bayreuth, Baviera, Alemania, el 31 de julio de 1886, a la edad de 75 años.

A sus descendientes les legó, entre muchas otras cosas: 220.000 francos, una batuta de director de orquesta de oro macizo con esmeraldas y perlas, la mascarilla original que le fue sacada a Beethoven en su lecho de muerte, las partituras originales de *Lohengrin* y *El Buque Fantasma*, de Wagner, siete pañuelos, algunas camisas, una sotana y el viejo frac verde botella con el que daba casi todos sus conciertos.